

EL HOGAR Y EL MICROSCOPIO

Ciertamente, la ciencia parece avanzar más que los deseos de la multitud. Las mismas instituciones, no advierten los grandes inventos en lo que tienen de útil y aplicativo. ¿Cómo explicarse, sino á pesar de la propaganda y los treinta años de comercialidad, que los aparatos de proyección, vida de las palabras cuyos valores el niño aprecia cuando es un prisma de imágenes, no constituyan el primer útil de la escuela primaria? Son fenómenos que tienen, sin duda, una explicación. Los métodos de enseñanza, en virtud de las numerosas personas que intervienen, antes de resolver prácticamente las cuestiones, evolucionan lentísimamente y no aseguraríamos no estar un siglo atrás, extraños á las conquistas de un vertiginoso progreso. Así, no obstante cien años de perfeccionamiento, ese excitador maravilloso del ojo, la reflexión y la voluntad, es, hasta hoy, un aparato extraño al hogar y á la escuela común. No se nos hable de su costo. Por 200 pesos, las casas de Buenos Aires proporcionan uno de 1000 diámetros con un juego de objetivos y oculares. Ahora bien, ¿qué es lo que detiene al papá en proporcionar á su hijito ese maravilloso juguete que abre el espíritu á las grandezas de lo pequeño y á las más fecundas emociones, de una inmensidad insospechada? ¿Ese papá que lo regala de bicicletas, caballitos, coches, valiosos juguetes, ricos trajes, paseos, automóviles? ¿en cuya casa, tapices, cortinados, muebles procedentes de lejanos países, servicios de las casas más acreditadas hacen la mansión lujosa y el bienestar de sus felices moradores? Tan solo la inadvertencia, la falta de costumbre, un concepto falso respecto al uso del aparato, una idea confusa acerca de las aptitudes de su hijo, la incapacidad de prever las consecuencias de semejante excitador de fuerzas mentales. Pero pensad un momento. Imaginaos un microscopio en vuestra casa, que pudisteis comprar con el mismo espíritu con que comprasteis cualquier mueble de la sala; y á vuestro hijo de ocho años, diez ó doce, á quien enseñasteis su sencillo manejo. Asombrado por la primera observación, ese chico sin más estímulo que su propia curiosidad, someterá al lente cuanto tenga en sus manos, buscará él mismo cosas pequeñas, cosas raras, todo aquello en que suponga el misterio

para penetrar los secretos de lo desconocido. ¿Qué enseñanza intuitiva, qué escuela podría substituir esta educación venida del interés más espontáneo, del entusiasmo más puro, de los estímulos más nobles y elevados? Y ¿cuántos aprendizajes, cuántos hechos explicados, cuántos fenómenos comprendidos, cuántas reflexiones, cuántos razonamientos, cuántas decisiones, cuántas voluntades ganadas para la enseñanza, cuántas indolencias curadas, cuánta conducta corregida, cuántas aptitudes formadas, cuántos motivos de saber arrancados á la naturaleza, á la que ya no siente extraña sino dominada! Miles de observaciones, miles de experiencias, un gobierno constante de las propias capacidades, en un año, en dos, en tres y una vida humanamente noble. Habréis formado sin preocuparos de vuestro hijo, un observador, un pensador y un hombre. Así como consideraréis al piano un instrumento de educación indispensable en vuestra casa, considerad al microscopio un emancipador del pensamiento y dadle un sitio en una de las piezas para que vuestros hijos penetren en el mundo de lo desconocido con el maravilloso juguete. — V. M.